

LA VIDA EN CUARTO MENGUANTE

Carmen Domingo

Carmen Santos

**LA VIDA EN
CUARTO
MENGUANTE**

Primera edición digital: Noviembre 2014

© Carmen Santos, 2003

© Pontas Literary & Film Agency

www.pontas-agency.com

CARMEN SANTOS (1958) vive en Zaragoza, pero es de ascendencia valenciana. Su amor a la literatura se remonta a sus años de infancia, periodo que pasó en Alemania donde redactaba cuentos en alemán. En 1989 dejó su trabajo de oficinista para dedicarse plenamente a escribir. Actualmente trabaja como profesora y traductora de alemán. En el 2001, uno de sus relatos quedó entre los finalistas del prestigioso concurso *XV Premio Internacional de Cuentos Max Aub*.

La delicia y el perfume de mi vida es la memoria de esas horas en que encontré y retuve el placer tal como lo deseaba.

(. . .)

Konstantinos Kavafis

Aunque la edad no haya podido librarme de la locura, me ha librado, sin embargo, de la infantilidad.

William Shakespeare,
Antonio y Cleopatra

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

Uno

El cartel me saltó a la vista como un felino dispuesto a hincar las uñas en los ojos del enemigo. Con la agresividad que sólo poseen los objetos que parecen recién estrenados. «Hotel El Indiano», proclamaba aquello. Debajo decía: «a 100 metros». Una flecha roja señalaba a la derecha, por si al viajero le quedaba alguna duda. Frank Sinatra seguía infiltrado en la radio del coche. Cantaba impertérrito "Moon River". El tema que maltrataba Holly Golightly en *Desayuno con diamantes*, antes de enamorar a su vecino, el gigoló escritor encarnado por George Peppard. Entonces el bueno de Peppard aún no se había ajamonado. Daba a la perfección el tipo de rubio cínico que se deja mantener por una dama madura. La señora en cuestión era una arpía. De adolescente me alegré cuando Peppard la plantó por Audrey Hepburn. Ahora ya no. Alcanzada la venerable edad de la *Señora Robinson*, los tópicos del viejo Hollywood ya no me sirven como doctrina vital.

Aborrezco las cosas nuevas. Estuve a punto de parar el coche y dar la vuelta. Pero hice frente a la impoluta obscenidad del cartel. Me desvié de la carretera. Enfilé el camino señalado por la flecha. Los guijarros se estrellaron contra el guardabarros: pop, pop, poporop. Como las palomitas de maíz cuando deciden abrirse dentro del microondas. Me vi sumergida en una penumbra verdosa, proyectada por los viejos árboles a ambos lados del sendero, que parecía sacado de *Rebecca*. Pero al tomar una curva no surgió *Manderley*. Sólo un seto frustrante, porque también él parecía inmaculado. Su frondosidad se veía impenetrable. Temí acabar estrellada contra tanto verde. O cercada por zarzas entretejidas, de las que no escaparía jamás. Moriría de inanición dentro de un coche alquilado. Pobre Alma, dirían

las amigas, viajó sola a Galicia en un ataque de nostalgia y nunca volvió.

Frank Sinatra enmudeció sin previo aviso. Fue reemplazado por un grupito de rock sin sustancia. Apagué la radio. Me acordé de *Pal Joey*. No sé por qué. O quizá sí. Sinatra interpretaba en esa película a un vividor que sacaba la pasta a Rita Hayworth. Otra dama madura, dispuesta a pagar los servicios de un sinvergüenza complaciente. Hasta que él la mandó a paseo por amor a una joven rubia y un tanto vacua. Hollywood siempre fue cruel con las cuarentonas solitarias.

El camino decidió abrir un portal de tamaño considerable en la espesura. Como un arco de triunfo, pero en verde. Lo atravesé. Vi la a lo lejos la casona del indiano. Me decepcionó tanta pulcritud. Toldos de rayas blancas y amarillas hurtando el sol vespertino a las ventanas. Macizos de geranios ondulándose alrededor del porche, igual que olas de un mar carmesí. Y la fachada, exuberante como el decorado primaveral de una película dirigida por Cecil B. DeMille. Todo estaba magnífico. Sólo mis recuerdos se retorcían maltrechos en el fango de tanto esplendor. Siempre les creí imbatibles, ajenos a los ataques de la realidad. Porque los recuerdos, una vez depurados de dolor, quedan embalsamados como momias. Y es sabido que las momias pueden permanecer inmutables durante siglos. Eso sí: se resquebrajan si alguien las toca.

Aparqué bajo un entoldado blanco que cubría el aparcamiento como una mortaja gigante. Mi Corsa alquilado no parecía muy feliz entre aquel Mercedes de perfil despótico y un BMW de reflejos iridiscentes. Lo siento, amigo, le dije mentalmente. Saqué los bolsos del maletero. Cerré el portón trasero. Me dirigí hacia la casona. Recuerdo el crujir de la gravilla bajo las suelas de los zapatos. El piar despistado de unos cuantos pájaros, que no debían saber dónde habían caído. Cuando estuve a punto de alcanzar el porche, la puerta se abrió. Escupió a un joven desgarbado. Una no-

ta disonante entre tanta perfección, que vino corriendo y casi me arrancó los bolsos de las manos.

—Yo cojo el equipaje, señora —voceó con acento gallego. Tenía ojos de ternero lánguido camino del matadero. La cara sembrada de granos redondos y pletóricos. De los que, gracias a las monjitas del colegio, siempre atribuyo a un exceso de desahogos solitarios. Su flacura era la de un esqueleto. Aún así, el uniforme de botones le quedaba apretado como si le hubiera encogido en el último lavado. Tanta fealdad reunida en un solo cuerpo me hizo sentir simpatía por el pobre ser que se arrastraba delante de mi sobre la gravilla, como a punto de desarmarse bajo el peso del equipaje. Alcanzó la puerta sin desfallecer. La abrió sin soltar los bolsos. Esperó a que yo entrara en la casa. Sentí su sombra de ciprés melancólico desparramada sobre mi espalda, cuando atravesé el hall de tonos pastel hacia el mostrador de recepción. Aquello no se parecía en nada a la antigua pensión, que conocí agonizante bajo la espada de su irremediable decadencia física. Alguien había convertido a la entrañable Villa Matilde en un hotelito de lujo. Y a mis recuerdos en una piltrafa.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo ayudarle?

Me cayó gordo el del mostrador. Sonreía como la tripulación de «*Vacaciones en el mar*». O esas viejas que salen eufóricas de la clínica de Pablo. Aligeradas de pellejo sobrante y su parte proporcional de dinero. Además, odio que me llamen señora desde que cumplí los cuarenta. Y pronto hará un lustro del cumpleaños más triste de mi vida. Me dieron ganas de rescatar mi equipaje y huir de allí. Busqué al botones onanista. Pero el adefesio se había esfumado. Los bolsos con él. El galancete seguía mirándome con la condescendencia de los jóvenes que se saben guapos. Parecía encantado de haberse conocido. Le espeté:

—¡No necesito ayuda, gracias! Me conformo con la habitación. Me llamo Alma Ferrer. Hice la reserva desde Valencia. ¡Seis días y siete noches! Como en la película.

La sonrisa del estirado se replegó a la velocidad de los cuernos de un caracol. Empezó a teclear en el ordenador con dedos puntiagudos de hipócrita. Su silencio se saturó de reprobación. Eso me irritó aún más. No suelo ser grosera, pero ese remilgado me estaba sacando de quicio. Preparé un nuevo ataque:

—Cuando esto era Villa Matilde, no había tantos adelantos.

Él levantó la vista. Me miró con controlada animadversión.

—¿Cómo dice, señora?

El segundo «señora» llegó cargado de veneno. Las vísceras me apremiaron a decirle algo muy hiriente. Me reprimí.

—Es igual, no tiene importancia.

Él retomó la búsqueda informática.

—Habitación 101. Tiene vista al mar —su cortesía sabía tan seca como un *Dry Martini*.

Me despachó pronto el galancete. Poco después, me vi otra vez andando detrás del botones onanista. Había surgido de alguna parte, con los dos bolsos colgando de las manos. Subimos por la escalera. Ancha y sinuosa. Como si la inspiración del arquitecto hubiera sido *Lo que el viento se llevó*. No me habría sorprendido lo más mínimo, de haberme cruzado con el fantasma de Vivien Leigh descendiendo entre glamouroso revuelo de enaguas en busca de Leslie Howard. O incluso con el espectro de la Swanson deslizándose en etéreo delirio, tras haberse cargado en *El crepúsculo de los dioses* a su gigoló William Holden, sin haber movido ni una de sus pestañas postizas. Cuando estuve con Pablo en Villa Matilde, esa zona de la casa era tétrica. Hasta de día imaginábamos aparecidos espíandonos desde los rincones y susurrando maldades a nuestras espaldas. Siempre subíamos corriendo. Cogidos de la mano. Contán-

donos entre jadeos escenas de películas de miedo. O fragmentos de cuentos de terror. Ahora, una araña de cristal derrochaba vatios desde lo alto. Su luz debía haber exterminado a todos los fantasmas. Sólo quedaba la huella del decorador encargado de purgar la casa de espíritus incautos.

—¿Hace mucho que reformaron la villa? —pregunté al botones.

Él se volvió:

—No sé, señora. Hace poco que trabajo aquí —el pobre manejaba el verbo con tanta desgana como la osamenta.

Recorrimos un pasillo alfombrado. De pronto, mi lazariello se paró en seco ante una puerta. Casi al final, cerca ya de la salida de incendios.

—Aquí es . . . —expulsadas las dos palabras como si le doliera deshacerse de ellas, sacó la llave de algún bolsillo. Abrió.

No puedo decir que me gustara la habitación. A las cortinas les sobraban floripondios. El pintor se había pasado con los tonos pastel. Recordé con inesperada añoranza los cortinajes de antes. Y eso que eran feísimos. Anticuarios. Gruesos. Con aspecto de dar cobijo a colonias enteras de polillas y ácaros. Cuando la brisa soplaba desde el mar, se mecían a la luz de la luna en danza siniestra. Pero aún siendo tan lúgubres, me parecieron preferibles al perifollo de la decoración actual.

Di propina al onanista. El pobre no tenía por qué expiar los desmanes de un decorador presuntuoso. Guardó su botín con dedos ondulantes de satisfacción. Salió sin hacer ruido. Como un fantasma. Pero este sin glamour.

Me quedé sentada en la cama, preguntándome cómo habían podido destrozarse así la vieja casona. Sobre la marcha, decidí largarme de allí a primera hora de la mañana.

Ese viaje era una sandez. Otra de las que engordaban mi saco de tonterías acumuladas desde el día en que me despedí de la treintena. Y de Pablo. Hasta Margot, la cursi de Margot, que a los cuarenta y cinco aún sueña con volverse a casar de blanco e invitar a su ex a la boda, me desaconsejó venir. Déjate de nostalgias, dijo, con ir a ese sitio no harás más que hurgarte en las heridas. Como es natural, no le hice caso.

Aprecio mucho a Margot. Somos amigas desde el colegio de monjas. Cierto que nuestra relación tuvo sus altibajos en la juventud. Pero ahora nos unen las respectivas desdichas de la edad madura. Aun así, me cuesta tomar en serio a una mujer bautizada como María Goretti, que se hace llamar Margot desde los quince años. Yo cargo con lo de Alma, porque mamá convenció al cura de que el alma es la esencia del cristianismo y no necesita ir precedida de María. El pobre mosén no sólo aceptó un nombre tan ajeno a los cánones de la época. Meses después, se resignó a bautizar a mi hermana con el frívolo apelativo de Coral. Por supuesto, sin «María del». ¿Acaso el coral no es una criatura de Dios?, dicen que le preguntó mamá. Pero lo de Margot no deja de ser una cursilería pergeñada por ella misma. Además, si estuviera en sus cabales, ¿embutiría sus carnes humilladas en la escueta ropa de las hijas veinteañeras? Eso sí, esta vez la pobre tenía razón. Lo que quedaba de Villa Matilde, no servía ni para rasgarse a placer las viejas cicatrices.

Dos

No me fui al día siguiente, como tenía pensado. Cuando desperté por la mañana, un sol juguetón se colaba en la habitación. Bajo la colcha floreada, la cama de matrimonio había resultado ser tan cómoda como cursi era el cobertor. Al asomarme a la ventana, el Atlántico me saludó con majestuoso rugir de olas. La marea estaba en pleno apogeo. El agua rondaba algunas rocas diseminadas por la playa cercana, consumando un galanteo tenaz que acababa en lluvia de partículas espumosas. Siempre me impresionó el Atlántico. Será porque crecí acostumbrada a la mansedumbre del Mediterráneo. Antes, el Atlántico tenía para mí algo de masculino. Era como el galán de mis sueños adolescentes. Quizá podía ser un poco rudo, pero siempre audaz y apasionado. Al hacerme mayor, he descubierto que los hombres no se parecen al océano. Ni son valientes. Se agarran a las grandes causas, para ocultar su miedo a que les zarandee la vida, a la muerte y a amar demasiado. Las mujeres también tenemos miedo, pero lo matamos nada menos que con el amor y las pequeñas cosas. Lo que nos cayó en el reparto. Al menos a las de mi edad, que empezamos siendo feministas y acabamos arrinconadas en el baúl de los trastos inservibles.

Fue la vista del Atlántico lo que me hizo quedarme. Bajé a desayunar sintiendo algo parecido al optimismo. No se me nubló, ni al ver a dos parejas que ocupaban sendas mesas junto al ventanal. Sólo se diferenciaban en la edad. Los que se sentaban más cerca de la puerta, debían estar en la treintena. Los otros dos eran cincuentones saludables, de aspecto acomodado. Quizá los dueños del Mercedes. Por lo demás, ambas parejas se mimaban con el acaramelamiento cursi, un poco furtivo, de amantes en escapada eró-

tica. En mi insensato retorno al pasado, debía haberme medido en un nido de amor para ligues clandestinos.

Pasé el día holgazaneando. Di paseos por la playa y me pateé los alrededores del Indiano. Sin relacionarme con nadie, exceptuando al galancete de recepción. Por mucho que me repugnara su belleza prepotente, no podía evitar hablarle si quería pedir mi llave. Como no era temporada alta, aparte de los supuestos adúlteros no había nadie más en el hotel. Evité coincidir con ellos en el comedor. Aún así, me crucé varias veces con los más maduros. Ellos me saludaban un tanto huidizos. Yo les imaginaba en sus casas los días previos al viaje, inventando excusas inverosímiles que sus respectivos cónyuges habrían aceptado por comodidad, o quizá solo indiferencia, pero con el sabor de la duda corroyendo el paladar como una almendra amarga. Una vez les espí desde mi ventana. Se arrullaban en la playa con la pasión que solemos asociar a la gente muy joven. Parecían estar rodando un anuncio de perfume destinado a la campaña navideña de los grandes almacenes. No me costó trabajo imaginar una banda sonora para el spot. Por supuesto, una melodía políticamente correcta, susurrada por la voz limpia de Barbra Streisand, para que todos los cincuentones del mundo desearan envolverse en ese aroma hasta la asfixia. Aún así, me mordió una envidia venenosa. De las que escapan a cualquier análisis racional. Abandoné mi puesto de observación. Llevaba casi cinco años llorando la juventud perdida. Cinco años resignándome a la soledad de una libertad impuesta a destiempo, cuando ya no la deseaba. Cinco años explicándome a mi misma que en la vida se alcanza un cenit, a partir del cual sólo podemos empeorar y marchitarnos poco a poco. Como las flores. Y ahora, dos cuerpos mucho más maduros que el mío tenían la desfachatez de mostrarme, que es posible enamorarse y ser feliz después de los cuarenta.

La visión de esos dos sí que cumplió con el propósito nostálgico que me había arrastrado hasta allí. Reventé de melancolía. Mis cicatrices se abrieron y sangraron, como si

las hubiera rajado Freddy Krueger con sus dedos de cuchilla. La insensibilidad casi vegetal que me había protegido en los últimos años, se despegó igual que una costra. Se fluidificó. Me deshice en lagrimones gigantes. Creo que no me deshidraté de puro milagro. Como es inevitable durante esos desvaríos masoquistas, recordé los paseos que di por esa misma playa con Pablo. Habían pasado más de veinte años desde entonces. Y aunque algunos fangueros canten que veinte años no es nada, en la vida dan para mucho. Suponen la diferencia entre la juventud y la madurez. O entre esta y la senectud. Y convierten la existencia, ese viaje que solemos emprender con alegría, en un tópico más aburrido que *Dallas*. Los humanos somos ilusos por naturaleza. Creemos que nuestra vida es excepcional. Y acabamos estrellándonos contra los mismos muros, donde ya se partieron la crisma nuestros bisabuelos.

A Pablo le conocí en el setenta y nueve, en el bar de Filosofía y Letras. Mi segundo hogar durante aquel curso. La cafetería me protegía de la incomprensión paterna y de sentirme el fracaso de la familia mientras Coral, que actuaba como si fuera la hermana mayor cuando yo le llevo dieciocho meses, estudiaba para médico con tesón de iluminada precoz. Planeaba hacerse misionera y ejercer la medicina en África. Yo me arrastraba como una culebra moribunda por tercero de Psicología. Flotaba en plena duda existencial. Me había decepcionado lo que nos enseñaban en la facultad. No sabía si pasarme a alguna rama de Filología, o terminar la carrera para seguir las doctrinas de la anti-psiquiatría. Había descubierto recientemente a Laing y Cooper y es sabido, que las utopías llenan más que la realidad. Sin embargo, por miedo a enfrentarme a la mentalidad castrense de papá, que aplicaba sus estrategias de teniente coronel a cualquier problema doméstico, seguí yendo a clase todas las mañanas. Luego la apatía me conducía derecha hasta el bar. Mataba las horas de una en una tomando cafés con Margot, que hacía Filología Hispánica y andaba a la caza de un estudiante de Medicina o Derecho.